

sia de Nuestra Señora. Al día siguiente empezó la ceremonia con la oración fúnebre de la Duquesa. Este género de discurso, lejos de ser de su gusto, le repugnaba mucho: «Porque decia, que si no se tiene cuidado, el espíritu del mundo sube á la cátedra sagrada, se prodigan en ella »alabanzas mentirosas indignas del lugar santo, y la li- »sonja de las cortes ocupa el lugar de la palabra de ver- »dad.» (1) Pero supo evitar este escollo, pues mas deseoso de edificar á los vivos que de arrojar inútiles flores sobre la tumba de los muertos, hizo resaltar los principios de la religion en cada paso de la vida de su heroína, oponiendo, por decirlo así, el brillo de sus virtudes á los vicios del siglo, de los que hizo una útil censura, porque era hábil sin amargura, y sazónada con ese espíritu de dulzura, único que puede hacer que se perdone y guste.

Este discurso agradó á todo el auditorio, y despues de las exequias, en las que no se omitió ningun gasto, el Duque de Nemours escribió al elocuente orador para darle gracias por el discurso que acaba de pronunciar, y rogarle lo hiciera imprimir. Esta petición contrarió tanto mas á Francisco, cuanto que no habia escrito nada, y le faltaba el tiempo necesario para escribir; pero el deseo de su príncipe era una orden para él, y á pesar de sus grandes trabajos, se decidió á tomar la pluma. Esto lo sabemos por una carta á la Señora de Chantal. «Estoy lleno de negocios, le escribe (2); Monseñor de Nemours me ha rogado »le envíe la oración fúnebre de la Princesa su madre, y me »veo obligado á escribir casi otra, porque no me acuerdo »de lo que dije, sino confusamente; siento mucho hacer »estas cosas, donde no puede menos de mezclarse el mundo, al que gracias á Dios no tengo inclinacion.»

Cuando el santo Obispo terminó su trabajo, volvió á partir para su amada ciudad de Thonon, á donde le llamaba un negocio importante. La comunidad que habia fun-

(1) Año Santo de la Visitacion, 17 de junio.

(2) Carta CXXIII.

dado allí con el título de la *Santa Casa*, que necesitaba para poder subsistir por sí misma, de las rentas del priorato de San Hipólito, poseidas hasta entonces por los caballeros de San Mauricio y San Lázaro, tenia en su poder hacia un año el breve de la Santa Sede, que autorizaba la agregacion del priorato á este establecimiento. Aunque en su perfecto derecho, en virtud de un título tan auténtico y de una necesidad tan urgente, conocia con cuánta delicadeza era necesario dirigir este negocio, para no irritar á los caballeros al despojarlos. Convocó para esto una junta general de las personas mas distinguidas, tanto en el clero como entre los seglares, para que el acto que iba á ejecutar, tomando con su solemnidad un carácter mas imponente, fuera mejor observado y respetado. En dicha junta despues de haber, en calidad de comisario apostólico, declarado la union con carácter de perpétua del priorato de San Hipólito á la *Santa Casa* de Thonon, y declarado oficialmente que la orden de San Mauricio y San Lázaro no tenia ya ningun derecho á este priorato, manifestó con una admirable prudencia de lenguaje, que proponiéndose la *Santa Casa* y la dicha orden un mismo objeto, la exaltacion de la fe y la estirpacion de la herejía, era conveniente que formasen entre sí una asociacion religiosa, en la cual por un lado los sacerdotes de la *Santa Casa* estarían obligados á celebrar Misas y hacer oraciones por la prosperidad de la orden, y por su parte los caballeros se comprometerían á protegerlos, llevando uno de ellos el título de conservador de la *Santa Casa*; debiendo en calidad de tal recibir juramento de los sacerdotes. Los caballeros, halagados con esta alianza que les daba al menos, en indemnizacion de lo que perdian, una superioridad de honor, acogieron favorablemente esta proyecto.

Francisco se apresuró á poner al punto en ejecucion un proyecto, que iba á establecer entre dos corporaciones la buena inteligencia y la mútua caridad; nombró conservador al caballero Tomás Bergère, al que hizo prestasen

juramento de fidelidad fraternal los sacerdotes de la *Santa Casa*, y terminó así felizmente este delicado asunto (1).

La sabiduría del Obispo de Ginebra no fué menos notable en una grave cuestion que agitó, por aquella época, al mundo teológico. Hacia largo tiempo que los teólogos disputaban entre sí sobre la union de la gracia divina con la libertad humana; los Dominicos, que sostenian que la gracia, eficaz por su naturaleza, arrastra infaliblemente la voluntad, eran vivamente impugnados por los Jesuitas, que consideraban este principio atentatorio á la libertad; y estos, á su vez, que sostenian que la gracia no era eficaz sino con la cooperacion del hombre, eran combatidos acaloradamente por los Dominicos, que creian ver atacados los derechos de la omnipotencia de Dios y el imperio supremo de su gracia. Fatigada de estas querellas la Santa Sede, y para ponerlas fin, llamó ante su tribunal á los campeones mas famosos de ambos partidos, y allí, desde el 14 de setiembre de 1605 hasta el 1.º de marzo del año siguiente, tuvo lugar la lucha mas encarnizada, el ataque mas violento de argumentos en pro y en contra que se ha visto jamás, sin que se aclarase la cuestion y nadie alcanzase la victoria. La Santa Sede no sabia por qué parte decidirse. Anastasio de Germonio, despues Obispo de Tarentesia, escribió á Francisco, y este, en su respuesta, le dijo en pocas palabras su sentir sobre la cuestion (2). Esta carta fué comunicada al Papa, que la encontró tan bella en su brevedad, tan decisiva y satisfactoria en conclusiones, que le hizo escribir al punto pidiéndole mas amplia aclaracion. Francisco, por obediencia, envió la exposicion de su doctrina, la misma que desenvolvió mas tarde en su *Tratado del Amor de Dios*, en el capítulo XII del libro 2.º y el VII del libro 4.º; la misma tambien, con corta diferencia, que habian sostenido los Jesuitas en la lucha.

Sin embargo, no considerando que su parecer debiese

(1) Carlos Aug., p. 373.

(2) Carta CXXIX.

decidir en una cuestion tan árdua, y respetando las sinceras convicciones de las dos sociedades antagonistas, añadió que semejante disputa era muy peligrosa, porque en sus dos estremidades se tropezaba con herejías; que habia estudiado á fondo estas materias, y habia encontrado en una parte y otra horribles dificultades; que no le parecia habia llegado el tiempo de decidir sobre puntos tan controvertidos, que tenian, en ambas partes, profundos genios por defensores; que estarian mejor empleados el talento y el celo de los teólogos en curar tantos males como afligian á la Iglesia, que en sostener disputas que no eran tan útiles á la religion y podian serle muy perjudiciales; que así su deseo era que los Dominicos y los Jesuitas sustituyesen á estas controversias, con una inteligencia cordial, un concierto de celo, con el fin de trabajar juntos por el mayor bien de la República cristiana (1). Escribió en el mismo sentido al Nuncio del Papa en Saboya; y Paulo V, adoptando este parecer tan lleno de moderacion y de sabiduría, se abstuvo de decidirse sobre la cuestion que se discutia, y prohibió á unos y á otros herir con censuras teológicas el parecer de sus adversarios (2).

Sabedores los dos partidos de que debian á Francisco esta resolucion, por la cual le honraban, le elogiaron á porfía como á su pacificador: los mas célebres Jesuitas le escribieron cartas llenas de reconocimiento, de afecto y de respeto, y el General de los Dominicos le envió de Roma cartas de hermandad de su orden y de participacion en los méritos de todas las buenas obras que se practicaran en ella, privilegio que el santo Obispo estimaba en mucho, y que habia obtenido ya algun tiempo antes de la orden de los Cartujos.

Entretanto habia aún algunas parroquias de la diócesis de Ginebra donde este buen pastor no habia estado en

(1) Carlos Aug., p. 374.

(2) Juan de San Francisco, lib. IX.—*Montaña de Grotia*, t. I, p. 211 y siguientes.

su visita general; y no queriendo que ninguna se escapase de su vigilancia, se volvió á poner en camino el 7 de octubre. Llegado á Villaret, lugar situado entre las mas asperas montañas, tuvo un gran consuelo en bendecir allí una capilla, que la piedad de los fieles habia elevado en el mismo lugar donde nació el venerable Pedro Lefevre, primer compañero de San Ignacio y primer sacerdote de la compañía de Jesus, cuya vida, escrita por el Padre Orlandini, habia sido para su alma asunto de grande edificacion (1). Oró allí con toda la efusion de su corazon, y en un discurso que hizo al pueblo, realzó en términos magníficos el honor que hacia á este país el nacimiento de tan grande y santo personaje. Al pasar por Thone, supo que el espíritu maligno importunaba hacia largo tiempo á los habitantes de una de las casas de la ciudad, y haciendo en ellos los exorcismos prescritos por la Iglesia, al punto los habitantes quedaron tranquilos (2).

Continuaba así su visita, haciendo bien por todas partes por donde pasaba, cuando al llegar á San Jorge de Mornex supo la muerte de su hermana menor, á quien la señora de Chantal habia llevado consigo á Borgoña para cuidar de su educacion. Esta noticia fué para él como un rayo (3). Amaba tiernamente á esta hermana. «La habia bautizado, dice, y era la primera criatura con quien habia ejercido mi sacerdocio; era su padre espiritual, y esperaba hacer algun dia alguna cosa buena de ella.» (4) Estaba dotada de las mas hermosas cualidades, y prometia para el porvenir las mas dulces esperanzas. A pesar de tantos motivos de afliccion, el corazon del santo Obispo, siempre sumiso á la voluntad de Dios, no perdió su paz; estaba partido de dolor, pero tranquilo y resignado bajo la mano que le heria. «¡Viva Jesus! escribia á la Se-

(1) Carta DCXL.

(2) Carlos Aug., p. 376.

(3) Carta CXXXV.

(4) Idem.

»ñora de Chantal (1); en medio de mi corazon de carne, que ha sentido tan profundamente esta muerte, experimento muy sensiblemente una cierta suavidad, una tranquilidad, y cierto dulce reposo de mi espíritu en la divina Providencia, que derrama en mi alma un gran contento entre los disgustos, que todo lo hace bien y dispone lo que mas conviene, que tiene derecho á recojer lo que ha plantado, que coje los frutos cuando están en sazón, y hace un gran favor á un alma cuando la saca de este mundo antes que se haya manchado.»

«La pobre hermanita que se ha ido tan cristiana y repentinamente (escribia en otra carta á una parienta suya) (2), ha despertado en mi corazon el amor de este soberano bien, al cual debe ser dedicada esta corta vida. Mantengámonos bien unidos al Salvador de nuestras almas, en quien solo podemos encontrar la felicidad.» Pero lo que le inquietaba mas, era el terrible golpe que recibiria con esta muerte el corazon de su madre. Creyó debia interrumpir su visita para ir á consolar á un alma tan profundamente afligida, y se dirigió prontamente al castillo de Sales. Ya su hermano, el canónigo Juan Francisco, habia dado á la Señora de Boissy la triste noticia. Al anuncio de una muerte tan inesperada, el primer grito de esta mujer fuerte habia sido un grito de resignacion á la voluntad divina; su primera acción, una oracion por el alma de su querida hija; y despues de esto, llorando abundantemente como madre, se habia resignado como cristiana. Escuchemos la relacion que el mismo santo Obispo hace con su gracia acostumbrada. «Mi buena madre, dice, ha bebido este cáliz con una resignacion verdaderamente cristiana, y su virtud, de la que siempre he tenido buena opinion, ha ganado mucho en mi estimacion. El domingo por la mañana, habiendo soñado toda la noche que su hija Juana habia muerto, preguntó á mi hermano cuando

(1) Carta CXXX.

(2) Carta CXXXV.

»aun estaba en la cama, si era verdad.—Es cierto, madre
 »mia, la dijo; y no tuvo bastante fuerza para añadir una
 »palabra mas.—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! dijo
 »mi buena madre; y lloró algun tiempo abundantemente;
 »luego llamando á su doncella:—Quiero levantarme, le
 »dijo, para ir á pedir á Dios en la capilla por mi pobre
 »hija; y en breve hizo lo que habia dicho, sin pronunciar
 »una sola palabra de impaciencia ni espresar la menor
 »inquietud, sino dando mil gracias á Dios, y haciendo mil
 »actos de conformidad con su beneplácito. Nunca he vis-
 »to un dolor mas tranquilo ni tantas lágrimas, pero todo
 »eso por la ternura de su corazon, sin ninguna afectacion,
 »sin embargo de que era su hija querida. ¿Y despues de
 »esto no deberé amar mucho á esta madre?» (1)

El santo Obispo, bendiciendo á Dios por encontrar á su madre en tan admirables disposiciones, la confesó, y á toda la familia, distribuyendo á todos el Sacramento que sostiene y fortifica. Escribió luego á la Señora de Chantal para consolarla tambien por esta pérdida. En esta interesante carta, aprueba que mande celebrar algunas honras por la querida difunta, pero sin mas pompa que la prescrita por la costumbre cristiana: «Porque ¿de qué sirve lo demás? dice (2); yo amo la sencillez, tanto en la muerte como en la vida: no se deben hacer tantas exterioridades con una joven que nõ ha tenido nunca ningun rango en el mundo. Luego me enviareis la nota de todos estos gastos y los de la enfermedad, porque así lo quiero.» Pero lo que hay de mas notable en esta carta, es la fortaleza de alma con que exhorta á esta santa viuda para que se prepare á los grandes sacrificios que debe hacer mas tarde. «Vuestra brújula, le dice, se ha desviado algo de su astro, el benéplacito divino; y vuestro corazon ¿que ha hecho? ¿No habreis escandalizado á los que os han visto en esta ocasion? Debemos alegrarnos de que Dios nos hiera don-

(1) Carta CXXXV.

(2) Idem, ibid.

»de le agrade; la eleccion no nos pertenece; amado Jesus,
 »que vuestra voluntad se cumpla, sobre el padre, sobre la
 »madre, sobre la hija, en todo y por todo, sin reserva, in-
 »condicionalmente, sin escepcion y sin límites. Me parece
 »que os estoy viendo, mi querida hija, con vuestro ardien-
 »te corazon, que ama y quiere apasionadamente. A mí me
 »gusta que así sea, porque esos corazones que hay medio
 »muertos, ¿para qué sirven? Es necesario á menudo ejerci-
 »tarse en querer y amar la voluntad de Dios, mas ardiente,
 »mas tierna, mas amorosamente que ninguna cosa del
 »mundo, y eso en los sucesos mas desagradables. Esta
 »leccion es sublime, pero tambien Dios, por quien la apren-
 »demos, es sublimísimo. Vos teneis cuatro hijos, un padre,
 »un suegro, un hermano querido; á todos amais mucho y
 »con razon, porque Dios así lo quiere. Pues bien, si todo
 »eso os fuera arrebatado, ¿no tendríais aún bastante con
 »tener á Dios? Aunque no tuviésemos mas que á Dios, ¿no
 »es eso mucho, no lo es todo?»

Francisco de Sales, despues de haber hecho cuanto le era posible por consolar á su familia, volvió á emprender la visita que habia interrumpido, predicando por los pueblos y aldeas, atrayendo á los pecadores, animando á los tibios, excitando á los buenos á mayor fervor (1), y el 25 de noviembre volvió á entrar en Annecy, para predicar en esta ciudad el Adviento. Era Annecy para él como un paraíso terrenal, porque ponía toda su dicha en permanecer, donde Dios lo queria; muy diferente de otros muchos, que se imaginan siempre que estarán mejor en otra parte que donde estan. «He aprendido á estar contento en Annecy, escribia á uno de sus amigos (2), porque es la barca en la cual debo de bogar para pasar de esta vida á la otra.»

(1) Dep. de Francisco Favre.

(2) Carta CLXXXIII.